

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia el uso de sustancias químicas tóxicas ha estado presente en numerosas guerras. De hecho, la palabra «toxicología» —término que designa a la ciencia que estudia las sustancias tóxicas y sus efectos— procede etimológicamente del término griego *toxikon*, que hace referencia a las sustancias tóxicas con las que se untaban las puntas de las flechas de los antiguos cazadores y guerreros. Así, por ejemplo, los textos históricos describen cómo en el año 424 a. C., en la Batalla de Delio (Guerra del Peloponeso), se usó el lanzallamas con mezclas que contenían serrín de pino, azufre y brea ardiendo; o cómo el Imperio Bizantino utilizó en las batallas navales el «fuego griego», un precursor del napalm inventado por el ingeniero Calínico en el año 668 aproximadamente¹. Incluso Leonardo da Vinci llegó a diseñar un proyectil con azufre y arsénico, junto a lo que quizá sería la primera máscara de protección y que consistía en un trozo de tela mojado en agua.

Algunos ataques con sustancias químicas llegaron a ser decisivos para conseguir la victoria. Aproximadamente en el año 200 a. C., Maharbal, jefe de la caballería de Aníbal, abandonaba a propósito un campamento con reservas de vino envenenadas con mandrágora². Tras la ocupación, las tropas

¹ Véase, por ejemplo, Croddy (2005a); Domínguez Carmona (1996); Estado Mayor Central del Ejército (1924), pp. 3-5; Joy (1997); Mayor (2003); Moodie (1999); Moore (1987), pp. 2-5; Pringle (1993), pp. 13-14; Reig (1939), pp. 1-8; SIPRI (1971a), pp. 125-126 (nota 1); Smart (1997); Stephenson (2006), pp. 92-105, y Taylor y Taylor (1992), p. 19.

² Ketchum (2006), p. 14.

enemigas lo festejaron con el vino, quedando a merced de Maharbal cuando éste volvió para acabar con ellos. Otro ejemplo data de 1456, cuando los turcos asediaban Belgrado, defendida por las fuerzas húngaras³. Entonces un anciano alquimista pidió audiencia con el general Hunyadi, ya que decía tener la solución para acabar con los turcos. Hunyadi, en principio, no accedió a su demanda porque no creía que un alquimista pudiese ser de ayuda, pero éste le hizo llegar por escrito lo siguiente: «En caso de que falle puede atarme a la boca de uno de sus grandes cañones y volarme en pedazos». Finalmente, se le concedió audiencia y el alquimista le pidió a Hunyadi toda la ropa y mantas viejas que pudiese suministrarle; luego las mezcló con una sustancia química de composición desconocida y, cuando el viento iba en la dirección de las tropas turcas, les prendió fuego. Lo cierto es que los turcos cayeron por la acción sofocante del gas. No obstante, cuando Hunyadi mandó llamar al alquimista, le informaron de que éste también había muerto por los efectos del gas.

Durante el siglo XIX hubo distintas propuestas para utilizar sustancias químicas en conflictos armados. En 1813, un farmacéutico propuso al general prusiano Bülow el uso de cianuro en las bayonetas —idea que también se le atribuye a Napoleón III en la Guerra Franco-Prusiana—⁴. Por otra parte, entre 1811 y 1812, durante las Guerras Napoleónicas, un oficial de la Marina británica, Thomas Cochrane, tuvo la ocurrencia de enviar barcos con una mezcla de azufre y carbón ardiendo contra los puertos franceses⁵. La idea era que el dióxido de azufre producido por la combustión del azufre afectase al enemigo. En 1846, la idea del entonces almirante Cochrane llegaba al Parlamento, pero tras ser estudiada por una comisión fue rechazada, porque se consideraba «contraria a los principios y sentimientos de la guerra civilizada»⁶. En 1854, al inicio de la Guerra de Crimea, Cochrane —por aquel entonces almirante en la reserva y con casi 80 años— pidió otra vez al Almirantazgo que reconsiderase el llevar a cabo aquella acción, a la vez que el químico británico Lyon Playfair proponía el uso contra los rusos de proyectiles cargados con cianodimetilarsina⁷. No obstante, al igual que la vez anterior, ambas propuestas serían tenidas en cuenta, pero finalmente fueron rechazadas. En 1862, en la Guerra Civil americana, un maestro de Nueva York, John Doughty, propuso el uso de proyectiles con cloro⁸. Incluso en

³ Liepmann (1937), pp. 27-29.

⁴ Croddy (2005b) y Medema (2006).

⁵ Stephenson (2006), pp. 17-19, 23 y 38-54.

⁶ Citado en *ibídem*, p. 53.

⁷ *Ibídem*, pp. 55-73 y 94.

⁸ Durante la Guerra Civil americana hubo al menos ocho propuestas para utilizar agen-

España, en 1896, Dara —un farmacéutico zamorano— diseñó un «cohete emisor de gases asfixiantes»⁹. Ninguna de estas ideas llegó nunca a materializarse, por considerarse que iban en contra de las reglas de la guerra. Playfair se quejaba de la siguiente manera al respecto de la decisión de la Oficina de la Guerra y del Almirantazgo británico: «No había ningún sentido para esta objeción. Se considera un modo legítimo de guerra llenar proyectiles con metal fundido que se desparraman sobre el enemigo para producir las más espantosas formas de muerte. Entonces el motivo por el cual un vapor tóxico, que podría matar hombres sin sufrimiento, se considera como una forma de guerra ilegítima es incomprensible»¹⁰.

De cualquier modo, el rechazo a emprender estas acciones reflejaba el recelo que, en general, provocaba en el siglo XIX la utilización de armas químicas, por considerarlas armas inhumanas de efectos incontrollables e indiscriminados. Un claro ejemplo puede encontrarse en el Código Lieber emitido el 24 de abril de 1863 durante la Guerra Civil americana: «El uso de tóxicos de cualquier forma, bien sea intoxicando/envenenando pozos o alimentos o armas, está totalmente excluido de la guerra moderna». Además, según este Código la «guerra moderna» era una cuestión de militares profesionales que actuaban según su honor y habilidades. Estas firmes creencias son la causa de diversos intentos de prohibir el uso de armas químicas en el ámbito internacional. Así, por iniciativa del zar Alejandro II de Rusia, delegados de quince países europeos se reunirían en Bruselas en 1874. El 27 de julio se firmaba la «Declaración Internacional sobre las leyes y costumbres de la guerra», que en su artículo 13 prohibía «(a) El empleo de tóxicos o armas tóxicas [...]; (e) El empleo de armas, proyectiles o materiales diseñados deliberadamente para causar sufrimiento innecesario». Sin embargo, esta Declaración final nunca entraría en vigor.

En 1899, a instancias del zar Nicolás II de Rusia, se celebró una Conferencia Internacional de Paz en La Haya para revisar la Declaración de Bruselas de 1874. La propuesta rusa consistía en prohibir los «proyectiles cargados con explosivos que dispersen gases asfixiantes y deletéreos». En primer lugar, se matizó que, dado que todos los proyectiles con explosivos producían gases más o menos tóxicos en el momento de la explosión, la prohibición debería referirse expresamente a aquellos proyectiles cuyo único objetivo fuese el de dispersar gases asfixiantes. Sin embargo, esta cuestión fue abandonada por la subcomisión responsable de explosivos en la Conferencia, aunque, todo hay que decirlo, sería retomada con posteriori-

tes químicos en combate. Véase Smart (2004).

⁹ Manrique García y Molina Franco (2003), p. 11.

¹⁰ Citado en Miles (1970).

ridad. Si bien no suele reflejarse en los libros de texto, las discusiones sobre los gases tóxicos en esta Conferencia se centraron en el efecto que estas armas podrían tener entre la población civil. El texto final de la 2.^a Declaración de la Haya, firmada el 29 de julio, indicaba: «Se prohíbe a las potencias contratantes el empleo de proyectiles que tengan por único objeto el esparcir gases asfixiantes o deletéreos». Se establecía que el acuerdo era obligatorio en caso de guerra entre naciones contratantes, pero dejaría de serlo si se incorporaba una nación que no lo fuera. La Declaración fue firmada por Alemania, Francia y Rusia, entre otros países, pero contó con los votos negativos de EE. UU. y el Reino Unido —aunque este último accedió en 1907—. Curiosamente, EE. UU. no firmaría la Declaración final porque no estaba convencida de que el uso de armas químicas fuese inhumano. De hecho, el delegado de EE. UU. en la Conferencia de La Haya, Alfred Mahan, no creía que asfixiar tropas con gases fuese peor opción que ahogar marineros en batallas navales. Según sus propias palabras:

El cargo de crueldad y perfidia hacia estos proyectiles es similar al que se mostraba en el pasado contra las armas de fuego y los torpedos, aunque ahora se emplean sin escrúpulos [...]. Es ilógica y humanamente incomprensible la timidez mostrada ahora ante el hecho de asfixiar a otros hombres con gases, cuando todos están dispuestos a admitir la licitud de volar y echar a pique un acorazado en plena noche, lanzando al mar a cuatrocientos o quinientos hombres para que mueran ahogados, casi sin esperanza de salvación¹¹.

Más directa era una nota con la opinión del káiser sobre la Conferencia de la Haya y sus acuerdos: «Sin embargo, en la práctica, ¡sólo contaré con Dios y con mi espada afilada! Y me cago en todas sus decisiones»¹². La Declaración final de 1899 se incluiría también en la IV Convención de la Haya de 18 de octubre de 1907, en su artículo 23: «Además de las prohibiciones establecidas por Convenciones especiales está especialmente prohibido: (a) Emplear tóxicos o armas tóxicas [...]; (e) Emplear armas, proyectiles o materiales diseñados deliberadamente para causar sufrimiento innecesario». Esta Declaración sería ratificada por Alemania, EE. UU., Francia, Reino Unido y Rusia.

¹¹ Informe de A. T. Mahan sobre la Conferencia Internacional de la Haya de 31 de julio de 1899.

¹² Citado en Tuchman (1966), p. 266.